

Entre dos orillas: el hilo perdido

Ángela Palacios González

En una tarde cualquiera, en la antigua casona de Guanajuato, Isabel recorría los recónditos pasillos de la casa familiar, donde los recortes del tiempo se mezclaban con el polvo danzante a la luz dorada del crepúsculo. Mientras movía viejos baúles y revisaba documentos olvidados, en un rincón del desván descubrió una caja de madera oculta tras un alijo de reliquias. Al abrirla, encontró varias cartas de su bisabuelo Antonio dirigidas a una enigmática mujer llamada Lucía. Pero, entre aquellas misivas, sobresalía una carta.

La tinta desvanecida aún guardaba firme la caligrafía de su bisabuelo, un hombre al que apenas conoció. Isabel tenía apenas cinco años cuando él falleció, y sus recuerdos eran vagos y borrosos, casi mitológicos. Siempre se mencionaba su nombre en la familia, pero con un tono distante, como si hablar de él fuera casi un acto de respeto o reverencia, pero a la vez una evasión. A lo largo de su infancia, había escuchado a su madre susurrar sobre Antonio Rivas, aquel hombre taciturno de mirada ausente, como si viviera a medio camino entre dos mundos.

“Isabel, si alguna vez lees esto, es porque el destino ha querido que encuentres lo que me fue negado. Cruza el mar y vuelve a casa”.

Aquellas palabras, escritas por alguien que Isabel apenas conocía, la sumieron en un mar de dudas. Su corazón latía más rápido, su mente daba vueltas a pensamientos que no había deseado explorar. Antonio había huido de España en 1939, cuando la Guerra Civil lo dejó sin tierra, sin patria y sin futuro. Había llegado a México con lo poco que cabía en sus bolsillos y una caja de hilos de seda que, según contaban las historias familiares, había sido su única posesión invaluable. Con esos hilos, Antonio comenzó a tejer una nueva vida en Guanajuato, convirtiéndose en un sastre respetado.

Había algo más, algo nunca mencionado. Entre los papeles polvorientos de Antonio, Isabel encontró un pasaporte español, viejo y arrugado.

El peso de la historia se asentó sobre sus hombros con tal intensidad que Isabel, quien siempre había considerado que el presente era lo único que realmente importaba, se sintió atrapada en una espiral de preguntas. ¿Qué había dejado atrás Antonio? ¿Por qué, habiendo huido, jamás reclamó su herencia ni regresó a la tierra que lo vio nacer? La carta entre sus manos no era solo un recordatorio del pasado, sino una llamada que no podía ignorar.

La casa en ruinas

El viaje la llevó a Asturias, donde la brisa helada del Cantábrico y su aroma salino parecían arrastrar consigo ecos de viejas tragedias, acariciando su rostro con la misma intensidad con la que el mar había tocado las pieles de generaciones enteras. Esa sensación de estar en otro tiempo la envolvía como una niebla densa que no solo la rodeaba físicamente, sino que se colaba en su mente, llenándola de recuerdos ajenos. El mar golpeaba las rocas con una fuerza casi violenta, como si también buscara algo perdido entre las olas.

Frente a ella se erguía la casona de los Rivas, ahora en ruinas. Las paredes, cubiertas de musgo, susurraban historias de grandeza y decadencia, de risas y llantos que habían quedado atrapados en el eco de los siglos.

—Esa casa lleva cerrada más de cuarenta años —le dijo una mujer mayor, envuelta en un abrigo grueso que no pare-

cía hacerle justicia al viento helado—. Era de los Rivas, pero el último de ellos jamás regresó.

Isabel sintió un nudo en la garganta. Aquellas palabras, tan simples, le fueron como un golpe directo al alma. Su bisabuelo había vivido allí, había crecido en ese lugar y, sin embargo, nunca regresó. Se sintió pequeña, como si fuera una extraña en la historia de su propia familia. Pero mientras más descubría, más entendía que su existencia misma era el último hilo que unía aquellos recuerdos dispersos. Su corazón latía más rápido, impulsado por una mezcla de tristeza, frustración y una curiosidad que la empujaba hacia adelante.

Buscó en los registros municipales y, tras varias horas de espera entre documentos polvorientos y sellos desvanecidos por el paso de los años, encontró lo que temía: Antonio había sido considerado un traidor por no regresar a su país, por no luchar por la causa que había dejado atrás. La guerra no solo lo había desterrado físicamente; lo había marcado de manera irreversible.

De regreso en la casona, Isabel recorrió las habitaciones vacías. En el ático, entre viejos baúles y cajas de recuerdos, encontró lo que buscaba: un viejo baúl cubierto de polvo y telarañas que resistió ser abierto. Dentro, unas cartas hablaban de una historia de amor y desarraigo. Antonio había escrito a Lucía, una joven costurera de su tierra natal.

“Prometí regresar. Pero la guerra me hizo un traidor de mi propia sangre. México me dio un hogar, pero mi corazón sigue en este mar”.

Las palabras escritas por Antonio parecían cobrar vida en su mente. En ellas, Antonio describía su vida en México, pero también su soledad, su dolor por no haber podido regresar. Las cartas hablaban de noches junto al puerto, de promesas murmuradas entre telas, de un adiós apresurado cuando los franquistas tomaron el pueblo.

Isabel cerró los ojos, presa de la emoción. Nunca en su familia se mencionó a Lucía, nunca se habló de esa mujer que había sido tan importante para Antonio. ¿Quién había

sido ella? ¿Qué había sido de su vida? La historia de su bisabuelo comenzó a tomar forma. Cada carta, cada palabra escrita por Antonio, parecía llenar los vacíos que ella misma había arrastrado a lo largo de su vida.

Al fondo del baúl divisó una carta con caligrafía diferente a la de su bisabuelo, con singular ausencia de respuesta. Era una última carta escrita, pero no por Antonio: se trataba de un manuscrito nunca enviado, escrito por Lucía. En esa carta, la voz de Lucía se derramaba en confesiones profundas:

“Antonio, mi corazón te esperó día tras día, pero el miedo a las represalias y la sombra de la guerra me paralizaron. No envié mi respuesta, no por falta de amor, sino por el temor de perderlo todo”.

Con esas cartas enviadas y las que encontró en la casona en Guanajuato, Isabel logró conectar todo, especialmente con esa carta que Antonio había enviado, pero que nunca obtuvo respuesta. No porque Lucía no quisiera responder, sino porque nunca pudo enviarla. Quizás la vida la frenó, quizás la enfermedad llegó primero. Isabel sostuvo la carta, sintiendo el peso de un perdón que Antonio nunca supo que había sido concedido.

Isabel sintió el peso de las palabras no dichas, de los silencios que marcaron un destino. Se sumió en sus pensamientos, casi sin darse cuenta del paso del tiempo. Al bajar del ático, una voz conocida la hizo salir de su ensimismamiento. Alzó la mirada hacia la puerta: era la misma mujer del abrigo grueso, aquella que le había hablado de la casona al llegar a España. Estaba en el umbral de la puerta, mirándola con una expresión de melancolía.

—Lucía nunca se casó —le dijo, como si las palabras se le escaparan de los labios con el peso de los años—. Pasó toda su vida cosiendo en la tienda de su padre, esperando cartas, cartas que llegaron y otras que nunca llegaron.

Un escalofrío recorrió a Isabel. ¿Era posible que el amor de su bisabuelo hubiera esperado toda su vida? ¿Era posible que Lucía, tan cercana a él, hubiera mantenido viva la esperanza durante todos esos años, sin saber que su amado

nunca regresaría? La respuesta la dejó sin aliento. Esa carta, jamás enviada, era la prueba de que el amor entre ellos nunca se apagó, aunque quedó atrapado en el tiempo. Isabel sintió que sostenía en sus manos no solo una carta, sino el eco de un destino truncado, de una historia que pudo haber sido diferente.

Los hilos del recuerdo.

Antes de regresar a México, Isabel visitó la pequeña sastretería donde Lucía había trabajado. Ahora era una tienda de *souvenirs*, llena de recuerdos de turistas y artefactos sin valor sentimental, pero en una de las paredes colgaba una fotografía enmarcada. Era una mujer de ojos serenos, con el cabello recogido en un sencillo moño y las manos delicadas que sujetaban una aguja con gracia. La imagen, aunque envejecida, tenía una cualidad inconfundible: un aire de dignidad, de serenidad, como si la misma Lucía estuviera mirando a Isabel desde el pasado.

Al pie de la imagen, una inscripción decía: “Lucía Fernández, maestra costurera. En cada puntada, un suspiro”. Isabel sintió que el aire se volvía denso a su alrededor. El amor entre Antonio y Lucía nunca se concretó, pero su historia seguía viva, anclada en cada detalle, en cada hilo que tejó Lucía a lo largo de su vida. El amor no se deshace con el tiempo ni con la distancia. Se guarda en el corazón, se transmite en los gestos más simples, en las acciones cotidianas.

Isabel sacó de su bolso la caja de hilos de seda que Antonio había llevado a México, esos mismos hilos que habían sido testigos de su vida en Guanajuato. Se preguntó cuántas veces habría sostenido esos hilos pensando en Lucía. ¿Cuántas veces habría bordado sus propios recuerdos en esas fibras, sin saber que ella también formaba parte de una historia que había cruzado continentes, que había sobrevivido a la guerra y a la distancia? La respuesta no estaba en el mar, ni en la guerra, ni en las fronteras. La respuesta estaba en los hilos, en las palabras no dichas, en las cartas no enviadas, en las promesas no cumplidas.

Isabel respiró hondo, sintiendo que, de alguna manera, el viaje no había sido en vano. Había encontrado algo más que las respuestas a sus preguntas. Había encontrado la memoria de su bisabuelo, la memoria de un amor que había sido separado por la guerra y el destino, pero que nunca había sido olvidado.

Cuando regresó a México, restauró la vieja sastrería de su familia. Decidió rendir homenaje a Antonio y Lucía. En el escaparate, bordó un mensaje con los hilos de su bisabuelo, un mensaje que, de alguna manera, cerraba el ciclo de esa historia tan profundamente entrelazada entre dos orillas, entre dos mundos, entre dos corazones: “Ni el tiempo ni el mar deshacen los lazos del alma”.

El amor de Antonio y Lucía, aunque truncado por circunstancias y mudo en su respuesta final, encontró en aquella frase su redención. Antonio murió con la incertidumbre de un reencuentro perdido, y Lucía quedó inmortalizada en la memoria a través de sus silencios y su carta nunca enviada. Pero ahora, a través de Isabel, esa historia resurgía, conectando pasado y presente, y tejiendo de nuevo los hilos de un amor que, pese a la distancia y el tiempo, nunca se olvidó.